

Ephemerides Mariologica

MARÍA: UNA HISTORIA INTERMINABLE DE GRACIA EN CRISTO

THE IMMACULATA: REFLECTION OF DIVINE BEAUTY
AND DIVINE MERCY
M.I. Naumann

REINAY MADRE DE MISERICORDIA.
FORMULARIO N° 39 DE LAS MISAS DE LA VIRGEN MARÍA
C. Martínez Oliveras

ASSUMPTIO BEATAE MARIAE VIRGINIS, SEGÚN KARL RAHNER
ESTUDIO DE UN TEXTO CONTROVERSIAL
F. Palazzi von Büren

LA PALABRA DE DIOS Y SU RECEPCIÓN MARIANA
SEGÚN ADRIENNE VON SPEYR
R. Aldana

CRÓNICA DE LA LXVI SEMANA DE ESTUDIOS MARIANOS
F.M. Fernández Jiménez

MARÍA Y LA TEORÍA DE LOS ARQUETIPOS
J. Campos Herrero

EL PANORAMA MARIOLÓGICO-MARIANO
EN EL PRIMER DECENIO DEL SIGLO XXI
P. Largo Domínguez

ENERO-JUNIO '16

Madre de Misericordia

Estudios

- ¿Misericordia? No, gracias. ¿Misericordia? Sí, gracias a Dios. Una confrontación milenaria, *P. Izquierdo Gil*.
- El retablo lucano de la Misericordia. Un frontispicio "prestado", *S. Blanco*.
- The Tender Mercy of God in the Magnificat (Lk 1:46-55), *D. Sabayaraj Kulandaisamy*.
- Las antífonas marianas de la Misericordia: contenido temático, fundamento teológico, perenne actualidad (I), *D. Flores González*.
- Madre de Misericordia. Aproximación teológica, *P. Largo Domínguez*.
- Corazón materno: la Virgen María en una pastoral de la Misericordia, *E. Bueno de la Fuente*.
- Origen, evolución, símbolos y significados del tipo iconográfico de la Virgen de la Misericordia, *M. Rodríguez Velasco*.

Crónica-Nota

- Crónica del XVI Foro de Mariología, *A. de Prado Postigo*.
- Crónica del XX Simposio Mariológico Internacional, *C. García Andrade*.

Bibliografía

Estudios

- Las antífonas marianas de la Misericordia: contenido temático, fundamento teológico, perenne actualidad (y II), *D. Flores González*.
- La Theotokos y la formación del "alma rusa". Ensayo al hilo de vivencias, lecturas y reflexiones (y II), *M.J. Sedano Sierra, cmf*.
- Apparitions de Fatima (1917) et Afrique actuelle Réception théologique en vue d'une Nouvelle Évangélisation du continent, *F. Muzumanga Ma-Mumbimb*.
- Pensar a María en la teología de Karl Rahner. Para una hermenéutica de las afirmaciones marianas, *F. Palazzi von Buren*.
- Aporte Mariológico del P. Valentino Macca de Santa María, OCD, a la Espiritualidad Cristiana, *C. Martínez Daimiel, ocd*.

Crónica-Nota

- Las apariciones marianas. Informe mínimo, *P. Largo Domínguez*.

Bibliografía

.....
JOAQUÍN CAMPOS HERRERO¹

Los sentimientos religiosos tienen sus propios asideros en los entresijos del inconsciente colectivo. Nuestra mente y nuestro corazón son un proyecto puesto en marcha por el Creador y funcionan según las leyes por Él marcadas. A la ciencia incumbe descubrir el secreto de la dinámica que paso a paso nos mueve y condiciona nuestra manera de ser y estar en el mundo.

Una carga emotiva singular debía centrarse en la Virgen para que, pese al parco tratamiento que de ella se hace en el N.T., asumiera una resonancia tan significativa en el alma popular. Testimonios del gran predicamento que alcanza desde los primeros tiempos, sobre todo en sectores abiertos a diferentes corrientes místicas, nos llegan expresados en los evangelios apócrifos o en los postulados de la Gnosis: «A ella ha sido dada la facultad de penetrar en los arcanos de la Divinidad», «nadie como ella conoce los misterios del Elegido», «es la Paloma Sagrada», ella es también la «Madre Oculta en la profunda oscuridad de lo ignoto, cuya figura se eleva revelando las grandezas de la Suma Majestad», «la Madre Celestial», «Virgen Incontaminada», «Madre de los vivientes», «Madre de la Iglesia», «Entrañas Perfectas de cuyo seno nacerá el Hijo», son ejemplos de epítetos entre otros muchos que dan lustre a la excelsa posición concedida a tan Magna Señora.

Planeaban sobre aquel cristianismo incipiente las diferentes versiones del culto a la Magna Mater y los temores de una infiltración de las creencias y cultos paganos, a través de la veneración a la Virgen María, estaban más que justificados. Hipólito en sus *Refutaciones*, o Ireneo, en *Adversus Haereses*, son claro ejemplo de la pugna que enfrentaba la Gran Iglesia con ciertas creencias populares que conducían a enturbiar el significado de María, haciendo recaer sobre ella episodios fantásticos y características pertenecientes al elenco simbólico propio de las diosas que, de un modo u otro, encarnaban la imagen de cuanto en Fenomenología de la Religión se reconoce como la *Magna Mater*: Isis, Deméter, Kali, Çibeles, etc.

Mas, pese al empeño de los heresiólogos en evitar contaminaciones procedentes del medio cultural entre el que el cristianismo andaba abriéndose paso, el estatus singular que comenzó a ocupar la figura de María tomó carta de

¹ Joaquín Campos Herrero es autor de la obra *De la diosa a María*. Una aproximación desde la teoría de los arquetipos (Ed. PAM, Barcelona, 2015). En un pasaje de esta Nota, el autor se refiere a dicha obra.

JULIO-SEPTIEMBRE '16

La Madre de Dios entre espiritualidad y teología

naturaleza como un fenómeno irrefrenable. Incluso se le atribuyen características propias del Espíritu Santo, al que en el *Evangelio de Felipe*, el *Código II de Nag-hammadi*, la *Hipóstasis de los Arcontes*, los *Fragmentos Mágicos*, el *Código VII*, o los *Acta Thomae* –entre otros– la citan como «Madre Compasiva», «Misericordia Perfecta», «Entrañas Perfectas», o «Madre Escondida» de cuyo seno nacerá el Hijo. María es «la que descubre lo escondido y hace manifiesto lo misterioso»; aquella a quien ha sido dada la facultad de total penetración en los arcanos de la Divinidad, porque «nadie como Ella conoce los misterios del Elegido». «Ella es la Paloma Sagrada», la «Enviada del Intelecto», la «Intuición», la «Reflexión» y el «Discurso». Es también la «Madre oculta en la profunda oscuridad de lo ignoto, cuya figura se eleva grávida de significados, constituyendo el silencio que revela las grandezas de la Suma Majestad».

El *Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique*, siguiendo una corriente intelectual nacida a finales del siglo XIX, resume la situación del siguiente modo: «Cuando los paganos entraron en masa en la Iglesia, aportaron su mentalidad pagana. Y puesto que esta mentalidad incluía un gran apego por las divinidades femeninas, impregnó la nueva realidad con los cultos turbios de que era portadora. María se convirtió en sucesora de las diosas madres, y sin que así se la osara declarar, en una diosa ella misma» (vol. III, col. 319). Esta es la visión que alcanza sus máximos representantes en los textos de Prümmer o del cardenal Daniélou; pero queda manca al lado de las nuevas aportaciones de la Psicología, sobre todo al considerar las aportaciones de Carl Jung en su teoría de los arquetipos.

La devoción a María se nutre de componentes emocionales de gran arraigo en el alma colectiva. Y pese a la contención que a su culto intentó enfrentar la primitiva jerarquía de la Iglesia, siguió calando y dando sus frutos. La cosa no terminó con la pugna emprendida por los apologetas, sino que la fuerza nutricia que su devoción conlleva vino alimentando el discurso y la fantasía de los Padres Apostólicos o la inspiración de poetas, místicos, eremitas, predicadores, trovadores, homiletas y cuantos pretendieron con sus imágenes aproximarla al corazón de la sociedad.

¡Cuán bellas y reveladoras resultan las viejas antífonas! ¡Cuán grandes cargas de simbolismo rezuman las leyendas medievales y las oraciones que tienen a la Señora como eje! ¿Y qué decir de las imágenes que la simbolizan en las letanías? La adhesión a María constituye un hito altamente significativo en la Historia y en la Fenomenología de la Religión. En ella confluyen todas las fuerzas que son susceptibles de expresar la grandeza de la maternidad hasta elevarla como un sagrado principio.

Es cierto que en María, desde la óptica del cristianismo, lo que le confiere un carácter exclusivo y diferencial es su condición de Madre de Dios. Pero también sobre Ella recaen un innumerable número de valencias simbólicas que hacen de la misma la representación más sublime del «arquetipo de madre». Y ello, sin duda alguna, contribuiría a facilitar la extensión de su culto, otorgándole un espacio singular en el corazón de los fieles. He ahí la cuestión.

ARQUETIPOS

El especial estatus adquirido por la devoción mariana no tiene nada de extraño. Su arraigo puede justificarse partiendo de las necesidades más vitales del ser humano. «Nacemos con un esquema; somos esquema operativo. Somos una estructura que ha sido preestablecida genéticamente», repite constantemente Carl Jung en su *Psicología Analítica*. En todos los órdenes de la naturaleza, en cada especie, subyace un esquema genuino que condiciona su manera de ser y actuar. Así, por ejemplo, en la vida de la mosca, hay modos de proceder típicos que no se dan en otros insectos. Las hormigas tienen sus programas de comportamiento y las cigarras el suyo propio.

Cada elemento de la naturaleza no puede dejar de ser fiel a su destino. Esto es una obviedad que cabe sacar a colación. De igual forma, en la vida de los humanos hay modos de pensamiento, formas de actuar y esquemas ocultos, genuinamente humanos, que condicionan irremediablemente su acontecer vital, tanto en el plano físico como psíquico. Esas potencialidades y modos típicos de sentir y proyectarse en la vida, tan propios del hombre, derivan de los arquetipos que llevamos insertados en nuestra recóndita e inconsciente recámara vital. Sus emanaciones, a pesar del pretendido carácter rector de la conciencia, suelen invadirnos aportando a nuestras vidas productos originados en un más allá oculto, a semejanza de cuanto las olas depositan sobre las arenas de las playas procedente de lejanas profundidades.

Apoyado en un significativo conocimiento de la Historia de las Religiones, la Mitología y otros contenidos relativos al orden de la acción creadora de la fantasía, Jung vendría a reafirmarse cada vez más en su teoría del inconsciente colectivo: *un ámbito creador que permanece siempre operativo; un fondo común del que participa toda la humanidad, «capaz de preprogramar la más genuina realidad del hombre» –en feliz expresión de Irenäus Eibl-Eibesfeldt–, que ha hecho resurgir siempre, en tiempos y lugares dispares, versiones reiteradas de los mismos temas y similares vivencias en relación con las cuestiones nucleares de nuestra existencia. Los arquetipos se muestran siempre prontos a la acción como disposiciones inconscientes, como estructuras vivientes que prefiguran nuestro pensamiento, nuestros actos y el mundo de nuestros sentimientos.*

Los arquetipos, desde el mundo inconsciente, o inconsciente colectivo en el que dormitan ocultos, vienen a ser como el sedimento de los modos típicos de reaccionar de la humanidad que han venido arrastrándose desde los orígenes en relación con los estados y relaciones de especial significación para el hombre. Ahí se guarda aquella sabiduría ancestral que deriva de la experiencia acumulada desde tiempos remotos. Dicha maquinaria inconsciente se constituye como una especie de tesoro sepultado del que nuestra especie ha ido sacando esos pensamientos fuertes y poderosos, sin los cuales dejaríamos de ser lo que somos. Se trata de un cúmulo de posibilidades, origen fontanar de creación del que parten impulsos y modos típicos de actuar emocionalmente coloreados. Fuerzas que desbordan la razón y nos marcan con su genuina impronta.

Gracias a los arquetipos del inconsciente encontramos la garantía para no perder aquellos impulsos más vitales, las tendencias y maneras de vivir y sentir los grandes temas de la existencia. Los arquetipos se muestran siempre dispuestos a la acción como disposiciones inconscientes, como estructuras vivientes que prefiguran nuestros pensamientos, nuestros actos y el mundo de nuestros sentimientos como impulsos más vitales que la propia razón discursiva.

ARQUETIPO DE MADRE

A nuestro modo, cada cual tiene una experiencia inmediata de maternidad. Pero la simple observación del más sencillo discurrir de la vida nos la muestra como parte integrante del acontecer diario que discurre ante nosotros. También en el fondo de nuestras almas el anhelo por la madre es una experiencia incesante. La vida clama por lo materno y revive el recuerdo de cuanto suponía ser cuidado por la madre; ser protegido y amado. Verdaderamente, muchas de las actividades que nos impulsan están motivadas por dinamismos de personalidad latentes que buscan con añoranza recuperar la seguridad, el cuidado total y la preocupación solícita de que éramos objeto en nuestra infancia, cuando ella, como un todo, colmaba nuestras vidas.

Las corrientes emotivas debidas a los encuentros con la maternidad son casi abrumadoras. La maternidad, representando las fuerzas primordiales de la existencia, se yergue como una ternura apasionada que constituye uno de los poderes fundamentales del Universo. La fuerza del arquetipo nos llega a cada uno experimentada en relación con la propia madre. En el cuidado y la solicitud de que fuimos objeto quedan las huellas lejanas de una de las primeras expresiones de lo materno. También en aquella ternura que, ajustada a nuestra fragilidad, como actitud intencionada empañaba cada gesto cariñoso, cada mirada, cada palabra. Era la experiencia materna un «estar presente» en virtud del calor de su propia humanidad, de su singular dulzura, su protección y entrega abnegada; quizá, como nada, la caricia que sublimaba el roce amoroso de su mano.

La madre permanecía como fuente original no sólo de la criatura, sino de cada impulso, mientras su vocación vidente, como amor de pura gracia, descubría, impulsaba, creaba, procuraba celosa el crecimiento y desarrollo de su hijo. Y así la vocación maternal, como un «ser-con deferente y solícito», que se entrega desinteresadamente y presta calor, nutrición, asistencia y arrullo, siempre incluye también el presentarse como desveladora de lo oculto y potenciadora de lo delicado, lo frágil y necesitado de protección.

La madre es contenedor de vida; la madre es potencia transformadora en el desarrollo de la vida. Las aguas, las montañas, las cuevas, la vegetación llegan a convertirse en símbolos de lo materno en tanto comparten las características de la propia madre. Se trata de elementos de la naturaleza que significan protección, calor, crecimiento, etc., que muy pronto encontramos culturalmente ligados a la idea de «madre». Así por ejemplo, como leemos en numerosos mitos, el agua se muestra como útero primordial de vida. Es el agua de las profundidades; el agua

de las corrientes subterráneas; de los océanos, las fuentes, o las pequeñas lagunas; el agua maternal que no sólo genera, sino que transforma y alimenta como «leche» que mana de la tierra, o de la vaca celeste en forma de lluvia. Otro tanto podríamos decir sobre el carácter envolvente y renovador de la vegetación, o de la «tierra madre» tan presente en la historia de la mitología y de las ideas religiosas, a la que Esquilo dedica estas significativas palabras:

«Cantaré a la tierra, madre universal de sólidos cimientos; madre venerable que alimenta sobre su suelo a todo cuanto existe (...).

A ti te corresponde dar la vida a los mortales y quitársela. ¡Feliz aquel a quien honras con tu benevolencia!

Para él la gleba de la vida está cargada de cosechas; en los campos prosperan sus rebaños y su casa está llena de riquezas».

El arquetipo de «madre» es, entre todos, el que ejerce una mayor atracción de forma que, desde un principio, generó abundantes símbolos del mismo en todas las culturas.

Los legendarios marianos, los relatos de hallazgos de imágenes de María, o la fantasía que alimenta la iconografía mariana, ofrecen numerosos testimonios de la relación entre María y el pulposo universo simbólico que gira en torno a las expresiones más sublimes de lo materno.

MARÍA, MADRE SUBLIME

Contemplado en su evolución histórica, el catolicismo se nos ofrece como una trama de ideologías y sentimientos que han resultado ser un terreno idóneo para el florecimiento de los símbolos arquetípicos. Incluso tras el Concilio Vaticano II, que supondría una significativa poda de los componentes de esa religiosidad natural y cósmica, en aras a una depuración de la fe ajustada fríamente al mensaje de las Sagradas Escrituras, renacen actitudes que no dejan de cuestionarnos sobre la actividad numinosa de ese hombre que para Jung es «natural y vitalmente religioso».

En atención al arquetipo que nos ocupa, modernas corrientes teológicas, nos hablan del rostro materno de Dios que se asoma en María; acepción que, aun evitando desvaríos y riesgos teológicos, intenta salvar el singular apego y los notables sentimientos que despierta la Virgen en el seno de la gran tradición católica, fruto de las valencias arquetípicas de signo positivo que sobre ella han recaído; valencias, muchas de ellas, que desde antiguo se arracimaban en torno al concepto de la *Magna Mater*. En esta conexión, «Madre» no es simplemente un concepto que remite a la relación filial a que el lenguaje cotidiano nos tiene acostumbrados; sino que nos sitúa ante una amplia constelación de contenidos. Con la expresión «Magna» se expresa simbólicamente la superioridad que la figura del arquetipo posee en comparación con todo lo humano y con la naturaleza creada en general.

No podemos dejar de reconocer que el sustrato último del «ser religioso» es patrimonio heredado en virtud de la propia condición humana. Se olvida

muchas veces que llevamos el pasado oculto en los sótanos de ese edificio que es la conciencia racional. Y ello jamás como un abandonado campo de viejas ruinas, sino como una realidad, un germen, constantemente operativo, que sirve de sostén a la vida, a los sentimientos y actitudes con que se expresa.

«Bajo los arcos de los puentes en el otoño tardío, todo es una obstinada permanencia; todo subsiste y todo se agarra, celoso de existir... Los hombres quisieran poder olvidar mucho; su afán lima suavemente esos surcos del cerebro. Pero los sueños lo rechazan y vuelven a trazar el dibujo», recordaría el gran poeta Rilke. Y entre esa «obstinada permanencia» destaca la del arquetipo que nos ocupa. Su dinámica y sus manifestaciones han creado una seducción fatal, irresistible, totalizadora, sobre un ser humano cuya más íntima «verdad» tal vez consista en sentirse constantemente «hijo» hasta el postrer momento de su existencia; en su eterno sentimiento de filiación; en esa ansia profunda por lo materno, grabada a fuego en lo más profundo de su corazón.

Una misma posición sobre la pervivencia de los arquetipos sería compartida también por Mircea Eliade al plantear, tras sus estudios de Fenomenología de la Religión, la existencia de un fondo ecuménico que sirve de fundamento a toda creación espiritual: «La mayoría de poblaciones, cristianizadas hace cientos de años, lograron reintegrar en su sistema de creencias y prácticas una gran parte de su herencia religiosa precristiana, de antigüedad inmemorial. Y es que, cristianizándola, integraron en su nueva fe la religión cósmica conservada desde la prehistoria».

El arquetipo de madre, que había poblado con infinidad de representaciones simbólicas y sagradas todos los panteones que la historia nos permite conocer, no se resistiría a permanecer oculto con la llegada del cristianismo. Ciertamente que el nuevo sistema pondría todo su énfasis en subrayar el carácter diferencial de su doctrina; sin embargo, no tardaría en darnos su versión de este arquetipo en la constelación de significados otorgados a la Virgen María.

En nuestro estudio nos hemos propuesto tratar el tema con una gran dosis de respeto, atentos a los datos objetivos que ofrece la Historia y las interpretaciones que derivan de la Psicología Analítica. En este devenir, María de Nazaret llega a convertirse, aparte de motivo de afección en las coordenadas de la fe, en el eje vertebrador de un culto cuyos más significativos valores radican fundamentalmente en torno a una vivencia teñida de sentimiento. Se trata de una dinámica espiritual cuyas bases se cimentan de forma espontánea en lo existencial y lo intuitivo. María es la Madre que Cristo nos otorga como herencia; pero Ella es también la expresión más sublime y excelsa del arquetipo. Su imagen tiene, por ello, un inmenso poder de seducción.

UNA ETERNA CONSTANTE

Kant habla de todo ello como de una «primera naturaleza ingenua» que se halla sumergida en la naturaleza originaria, cual si se tratara de una infancia sin nada sobrepuesto. Y es precisamente ahí, en lo más profundo de la

expresividad popular, donde se puede contemplar e interpretar la *pietas*; la interioridad del hombre en su diálogo con el universo de lo divino; la matriz secreta de esas tendencias que se muestran más abiertas a la pasión de sentir que a la seguridad de razonar.

Las grandes imágenes, mitos ancestrales, tendencias rituales, etc., que son herencia genuina de la humanidad, vuelven a presentarse con nuevos ropajes como lo hicieran desde los horizontes de la historia. Su poder fascinador se eleva como una provocación desde abismos insondables; según diría Nietzsche, «como disposición; como carga en nuestro destino; como sangre que rumorea, y como ademán que se eleva desde las profundidades del tiempo...», preestableciendo ese mundo interior que nos caracteriza como seres humanos.

Esa velada recámara, de donde brota el ansia por lo materno, constituye una potencia que en nuestras vidas, en todo cuanto la humanidad tiene por delante para experimentar y hacer, continuará actuando como un influjo anónimo, constante y silenciosamente decisivo, tal como se mueve incansable en nosotros la herencia vital de los antepasados. Y junto a nuestro ser más individual, permanecerá concentrada en eso único, irreplicable, que somos en cada giro de nuestra vida.